



El método de Ulises

Victoria Bermejo
& Juan Berrio



Deor Consultores, S.L.
Unió, 91 · 08302 · Mataró (Barcelona)
T 93 741 50 08
info@deorconsultores.com
deorconsultores.com



Cuento N° 17

El método de Ulises

Texto: Victoria Bermejo Ilustraciones: Juan Berrio

Ulises trabaja en la sexta planta de unos grandes almacenes. Vende colchones y, como va poca gente a comprar ese tipo de objeto, se pasa el día medio tumbado pensando en las musarañas, haciendo cábalas sobre un futuro mejor, soñando con que le toca la lotería y pasa a estar tumbado todo el día entre sedas y brocados en una casa con una piscina de esas transparentes de polí-carbonato. La ley del mínimo esfuerzo.

Pero hoy su vida va a dar un vuelco, va a tener que espabilar por necesidad por empuje vital imprescindible. Porque hoy ha entrado a trabajar en su sección Antonio, un tipo simpático y dicharachero que allá dónde va tiene que establecer una relación con los seres humanos que le rodean para sentirse feliz.

Antonio se acerca a Ulises a media mañana y le dice: Hola, me llamo Antonio pero me puedes llamar Ton y me encanta bailar, mira. Y sin pestañear se pone a bailar la musiquita que suena por los altavoces de la tienda. Da vueltas, se agacha, hace movimientos con los brazos en sentido contrario, los levanta y acaba rendido en el suelo con un ¡¡¡tachán!!! Ulises no da crédito, es su anti-yo, le admira profundamente desde el primer segundo, le ha conquistado y le dan ganas de abrazarlo y de gritarle guapo, guapo.

Días después Ton no tarda en invitarle a ir a bailar con él a la discoteca “Sensation” y Ulises allí constata como en

ese terreno es todavía más bueno, se crece, se convierte en un titán de la pista. Le saca a bailar y él se niega, intenta arrastrarle pero él se agarra al sofá de terciopelo y grita nooooo, no sé bailar. Y Ton le dice: ¡¡¡Eso se arregla con disciplina, todo el mundo puede saber bailar!!! Y esa palabra, disciplina adquiere un significado nuevo, se le marca a Ulises en el cerebro como si no hubiera otra, reverbera: disciplina, ina, ina. Porque esa palabra es la distancia que hay entre Ton y él.

Nunca ha sido disciplinado, todo lo ha dejado siempre a la mitad, ha sentido una pereza infinita por luchar por algo. Pero hoy el aguijón del baile le ha abierto la mente a la investigación interna y externa, al más allá de sí mismo.

¿Será verdad que con disciplina se puede conseguir bailar como Ton?

La casualidad quiere que en el trayecto de vuelta a casa el periódico, ese gratis que dan en el metro, tenga el siguiente titular: “Gary Oldman logró salir de todo y volver a ser una estrella gracias a la disciplina”. En la zapatería de debajo de su casa cuelga un cartel que dice: “Trabaja tu disciplina con el maestro Yon-lo. PIENSA, DECIDE Y ACTÚA. Con solo media hora al día TÚ puedes conseguirlo”.

Cuando se tumba, como cada noche, en el sofá con una birra y la radio puesta, el locutor comenta: “Es muy fácil trabajar la disciplina, mucho más de lo que la gente piensa, hay que ir poco a poco, se empieza por cinco minutos y se

va aumentando el tiempo. Te concentras y piensas en lo que quieres conseguir, luego decides cómo hacerlo y por último lo llevas a cabo”.

La suma de todos esos mensajes fue como si recibiera una orden del más allá, como una apertura de conciencia extrema, se sentó y se puso a pensar quiero saber bailar, quiero ser bailarín. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Cómo lo podría conseguir? Así estuvo cinco minutos hasta que se cansó y encendió la tele. En ese momento salía el thriller de Michael Jackson, era el aniversario de su lanzamiento, y rápidamente, en un impulso certero, le dio a grabar.

Decidió que los días siguientes al llegar a casa, ni sofá ni birra, se lo pondría e intentaría imitarlo. Y así lo hizo, aunque no fue fácil. El primer día abandonó al minuto, el tercero lo miró intentando entender su espíritu y al quinto se dijo: Ulises, como tu tocayo griego, átate a las cuerdas de la disciplina y no caigas en la tentación de la pereza, cuerpo a la obra, ahora o nunca. La de morrazos que se dio, la de golpes contra la esquina de la mesa, casi se le tuerce un pie...en fin, pero él quería seguir y seguir, al grito de “disciplina, disciplina, que suena a penicilina”. No desfallecía. Tenía un plan: cuando estuviera preparado se mediría en la pista de “Sensation”, él solo.

Tardó más de tres meses en lograrlo, en estar seguro de que podía pasar a la acción. Una tarde al salir del tra-

bajo se fue directo a la disco, le pidió al DJ la canción de Justin Timberlake y Michael Jackson, “love never felt so good” y sin respirar, como un torbellino, salió, se colocó en el centro y un brazo por aquí una pierna por allá, esa cabeza girando, notó que estaba suelto, que podía, que sabía lo que tenía que hacer, que ya no tenía vergüenza porque su cabeza, sus oídos y su corazón estaban conectados con su cuerpo. Estaba hinchado, orgulloso de sí mismo.

Ese mismo viernes, le dijo a Ton, vamos juntos a Sensation, uy pensé que no te gustaba bailar... pero por mí perfecto, se sorprendió Ton. Se sentó en los sillones de terciopelo y esperó con el corazón a mil por hora a que sonara ese temazo. Se levantó y se lanzó a interpretarlo con la mayor intensidad posible. Parecía un pulpo o una peonza o todo junto, sudaba y gemía, se había convertido en puro movimiento, todas las partes de su cuerpo respondían a una coreografía que llevaba dentro con su propia verdad, ni mejor ni peor que otra. Ton no daba crédito, al final se acercó y le dijo: bravo, bravo, bravo, dan ganas de abrazarte y decirte guapo, guapo, guapo, guapo.

Y así fue como la disciplina ayudó a Ulises, que además la siguió aplicando a otros campos. Por ejemplo, hoy sabe hacer paellas y estofados y ha estudiado inglés y ahora le han cambiado de sección, está en la de música y alta tecnología, siempre despierto para estar a la última. Ya no se tumba ni hay nada ni nadie que le tumba.

Este año descubre la disciplina de la felicidad.

¡Feliz 2019!

